

PERIÓDICO DE LA INFANCIA,

DIRIGIDO

por Don César de Eguílaz y Bengoechea,

SECRETARIO DE LA ESCUELA NORMAL CENTRAL DEL REINO.

CARTAS A LOS NIÑOS

SOBRE EL NUEVO TESTAMENTO.

CARTA TERCERA.

CAIN MATA Á SU HERMANO ABEL.

Ved, pues, mis queridos niños, á Adán y Eva sujetos á muchos males, y llenos de sentimiento cuando recuerdan lo dichosos que habian sido ántes de haber pecado.

Cuando Adán, todo cubierto de sudor, estaba muy fatigado de labrar la tierra, pensaba en el hermoso Paraiso Terrenal, en donde no tenia más que alargár la mano para coger soberbios frutos, y decia: ¡Qué desgracia el haber perdido tantos bienes y haber enfadado al Señor que era tan bueno!

Eva se ponía á llorar cuando sufría grandes dolores y consideraba que sus hijos estarían enfermos y morirían también. ¡Oh! Cómo sentía el haber escuchado á la serpiente y haber comido la manzana!—El primer hijo de Adán y Eva, se llamó Cain y el segundo Abel. Cain cultivaba la tierra; y no era agradable al Señor, porque era malo y envidioso. Abel, por el contrario, era dulce, justo y piadoso y Dios le miraba con complacencia. Los dos ofrecían sacrificios al Señor. Cain le presentaba los frutos que recogía, pero no se inquietaba porque fuesen los mejores y más hermosos; mientras que Abel inmolaba los animales más gordos de sus ganados y escogía los corderos recién nacidos para ofrecerlos al Señor.

Cain viendo, pues, que Abel era mejor que él y que Dios le bendecía, llegó á estar extraordinariamente celoso de su hermano.

Es un defecto muy feo la envidia, niños míos; y una necesidad enfadarnos de las buenas cualidades de los otros, en lugar de tratar de imitarlas. Vais á saber á que crimen puede conducir la envidia. Viendo Dios la mala disposición de Cain le dijo; ¿Por qué te entregas á la cólera? ¿Por qué te abandonas á la tristeza? Si obras bien no serás recompensado? Y si obras mal ¿no sufrirás la pena de tu pecado? Estas palabras no calmaron el espíritu de Cain. Continúo excitándose contra su hermano y detestándole; y trató de buscar el medio de desembarazarse de él. Un día, en fin, le propuso el ir á pasear al campo, y Abel que era muy dulce y amaba mucho á su hermano, aceptó con gusto. Cuando estuvieron algo lejos, Cain se arrojó sobre él y le mató. Ya os oigo decir: ¡qué horror! ¡Un hermano que mata á su hermano! He ahí, sin embargo, de lo que llega á ser capaz, el que se entrega á la envidia. ¡Oh! niños míos, detestad siempre este vicio y no seáis nunca envidiosos. Dios dijo después á Cain ¿en dónde está tu hermano Abel? Entonces Cain le respondió: Yo no sé ¿soy yo el guardian de mi hermano? ¿Qué has hecho? le dijo el Señor. He ahí la sangre de tu hermano derramada por tí. Por esto serás maldito sobre la tierra que has manchado con la sangre de tu hermano. Y Cain fué condenado á estar durante toda su vida fugitivo y vagabundo. El malvado Cain, no se arrepintió de su crimen y no recurrió á la misericordia de Dios que es efectivamente grande. Al contrario de-

sesperó de obtener jamás su perdón y se retiró á países lejanos.—Sabeis, mis queridos niños, cómo Cain ofendió más al Señor? Pues fué entregándose á la desesperación, porque Dios es tan bueno, que siempre está pronto á perdonar los más grandes crímenes, cuando hay un verdadero arrepentimiento; pero tiene horror á aquellos que no confían en su misericordia y se desesperan.

Quizás estareis sorprendidos de que Dios permitiera que el buen Abel, tan dulce y tan piadoso, fuese muerto por el malvado Cain; pero ya vereis todavía en otras muchas historias, que frecuentemente los buenos son perseguidos por los malos y que aquellos son desgraciados sobre la tierra, mientras que estos suelen estar muy ricos y contentos. Esto consiste en que Dios quiere experimentar á los buenos y hacerlos mejores para recompensarlos y darles un hermoso lugar en el cielo; mientras que castigará terriblemente en la otra vida á los malvados que son envidiosos de sus hermanos y á todos aquellos que cometan malas acciones.

En nuestra carta próxima os daremos á conocer cómo Dios castigó las maldades de los hombres.

LEYENDAS MORALES,

escritas para los niños

POR

DON JOSÉ MARIA PONTES.

CONTRASTES DE LA EDUCACION.

Muchas veces la sorprendi en esta ocupación arrodillada delante de una imagen de la virgen á que rendía un culto verdaderamente religioso.

Pero mi hermana estaba enferma: de su graciosa cara desaparecieron aquel hermoso color y aquella animación que la hacían tan simpática; sus rasgados ojos negros perdieron gradualmente su enérgica brillantez, y si la sonrisa asomaba á sus labios, era para mostrarnos la honda pena que minaba su existencia.

Por fin, amigo mío, al año, poco más ó menos, mi hermana espiró resignada, mártir del amor y de su virtud, dirigiendo palabras de consuelo á los

que le sobrevivían; quizá al mismo tiempo que en otra parte se celebraba de un modo alegre y ostentoso el primer aniversario de aquella boda fatal.

—¡Dios habrá recompensado tanta bondad!— pronunció el sacerdote visiblemente conmovido.

El enfermo hizo un nuevo esfuerzo y continuó.

A la caída de la tarde solía pasear mi padre por el camino que va á tu caserío. En uno de estos paseos obligóle su delicada salud á descansar sobre un ribazo, donde, como en todas partes y con el profundo ensimismamiento de costumbre, no pensaba más que en los medios de recuperar la fortuna de sus hijos.

En tal estado no sintió las pisadas de un hombre que paseando en dirección opuesta y creyéndole dormido, le dijo en alta voz:

—Buen señor, idos á vuestra casa que la noche ha cerrado ya.

Aquella voz produjo á mi padre un estremecimiento inexplicable. Se irguió instantáneamente, y mirando al que había turbado sus reflexiones, asíble con todas sus fuerzas de un brazo.

—Estás en mi poder, vil ladrón, y vas á dar cuenta á Dios de tus infamias sinó restituyes lo que me has robado.—Y en el mismo instante la luna, saliendo de entre las nubes que la ocultaban, iluminó su rostro lleno de santa indignación.

El padre de tu vecino, ofuscado por la terrible mirada de su víctima, cerró los ojos, y procuró desembarazarse, aunque inútilmente, porque mi padre le tenía sujeta por los dos brazos.

Hubo un momento de lucha, hasta que aquel hombre, anonadado al parecer, recobró la serenidad.

—Si no me soltais, grito y os tendrán por un salteador de caminos.

—Infame—prorrumpió mi padre con voz de trueno, sin poder soportar tanto cinismo.—Estamos á la mitad del camino y nadie oirá tus voces. ¿Me devuelves, asesino de mi familia, lo que es mío?... ¿No me respondes? Pues vas á morir, y á lo ménos tendré la dicha de aplastar la cabeza del que tantas desgracias ha hecho caer sobre mi casa.

Mi padre se esforzó nuevamente para derribar, sin conseguirlo, á su adversario; pero este, repuesto ya de su primer espanto, y dando á sus palabras un tono de siniestra intención, respondió pausadamente.

—Teneis costumbre de pasear por aquí á estas horas. Los de mi casa y algunos más me han visto alejarme por este camino. Si me encuentran cadáver, de nadie sinó de vos sospecharán. Ved además que no hago otra cosa que defenderme; porque si os uoato, esos mismos vecinos podrían sospechar de mí y no tengo ganas de caer en manos de la justicia.

Dió después una violenta sacudida que mi padre no pudo vencer y huyó precipitadamente hácia su casa.

El buen anciano había hecho en breves momentos más de lo que á su estado le era permitido; así que concluida aquella escena, faltáronle las fuerzas y cayó sin sentido en tierra. Inquietos nosotros por su tardanza, salimos á buscarle y le ha-

llamos cuando apenas había vuelto de su accidente, en cuyo estado llegó á casa y se le acostó para no levantarse jamás.

Aquella cabeza débil fué presa al fin de una fiebre tenaz y sus continuos delirios me descubrieron todo lo que te he revelado, la causa de nuestra miseria, hasta que un día... murió entre mis brazos....

Esta vez no lloró el enfermo; su voz tristísima era casi imperceptible.

El padre Ambrosio, cubierto de sudor el rostro, preguntó con afán.

—¿Perdonó á su enemigo?

—En sus últimos instantes, si, pero haciéndome depositario del secreto para que continuara pensando en recobrar la parte de nuestra fortuna que el hijo del mal amigo no ha consumido.

El sacerdote rezó un Padre nuestro por el alma del difunto; después preguntó al enfermo.

—¿Tienes algo más que decirme?

Marcelo contestó afirmativamente con la cabeza.

—¿Quieres que te oiga en el tribunal de la penitencia?

—Si señor, padre, respondió esta vez con voz apagada.

El buen sacerdote, invitó al enfermo á recojer su espíritu, y exhortándole con extraordinaria dulzura, comenzó por su parte aquel religioso acto.

CAPÍTULO III.

BUEN CORAZON Y PERVERSOS INSTINTOS.

Dejemos al padre Ambrosio entregado á los deberes de su ministerio junto al lecho del infortunado Marcelo, ya que no nos es dado penetrar la inviolabilidad de la confesion y veamos qué hizo el niño Adolfo en ausencia de su querido maestro. Dejámosle entrando en su casa precisamente á tiempo que Ana, la antigua criada, comenzaba á arreglar el desayuno de su amo para después de la misa.

—¿Sabe Vd., señora Ana, preguntó sin descansar, quién es el amigo del padre Ambrosio, que en el vecino caserío está enfermo?

—Si, Adolfo: ¿pero qué te puede importar esta noticia?

—¿No es pobre ese enfermo?

—Si que lo es, dijo Ana.

—Pues por eso lo pregunto.

La honrada anciana comprendiendo las intenciones del niño, se apresuró á contestarle.

—Ese pobre enfermo es el honrado Zabaleta, muy rico en otros tiempos, sin que nadie se dé cuenta de su miseria.

Semejante misterio aumentó el interés de Adolfo que repuso inmediatamente.

—¿Cómo podríamos socorrer á ese desgraciado, Ana?

—Ya lo hará el padre, le contestó sonriendo.

—Es que todos, cada uno como pueda, tenemos obligacion de remediar los males ajenos como di-

ce mi maestro, y yo guardo unos ahorrillos que quiero enviar al Sr. Zabaleta.

—¿Dios bendiga ese corazon! repuso Ana besando al niño.

En este momento se presentó un hombre en el dintel de la puerta.

—Buenos dias, señora Ana, dijo. ¿Hay cartas para el correo?

—Si, señor, contestó Adolfo de repente; pero tiene Vd. que aguardar un poco.

—¿Como cuánto, señorito?

—Un cuarto de hora me basta.

Pues espero. Y el mancebo tomó asiento con la mayor familiaridad.

Adolfo fué á su cuartito y se puso á escribir una carta.

Mientras tanto, Ana dió al mancebo un vaso de excelente sidra y sin abandonar el desayuno entabló el siguiente diálogo.

(Se continuará.)

LAS DOS PLEGARIAS.

Á DON JULIO DE EGUÍLAZ.

I.

Era una tarde de Abril florido:
El rubio Apolo con lento paso,
Por el ocaso
Despareció.

De la alta cumbre las negras rocas,
Y de las nubes las albas cintas,
Con rojas tintas
Iluminó.

Van de las flores las mil esencias,
Hacia el espacio, con suave ascenso,
Como el incienso
Desde el altar.

Diáfano muestra su azul el cielo;
Y está en el valle como en la sierra
Muda la tierra;
Tranquilo el mar.

Cuando dos seres en gasa envueltos
Suben radiantes cual serafines,
Por los confines
De aérea region.

Dadas las manos tranquilos vuelan;
Fijos los ojos allá en la altura,
Con santa y pura
Satisfaccion.

Ya traspasaban bellos celajes;
Ya del espacio por do subian,
Raudos hendian
La inmensidad.

Bellísimo Arcángel de blancas ropas
Vatió en el éter sus alas de oro....
Y oyóse un coro
Deliciosísimo....

—Hablad.

Dice el Arcángel á los que suben:
—¿Quiénes sois, quiénes ¡oh criaturas?..
¿De dó tan puras
Llegais aquí?

—Somos *plegarias*, contestan ellas,
De almas sencillas y candorosas,
Que áun fervorosas,
Oran allí.

Miró el Arcángel hácia la tierra.
Donde sus ojos se dirigian,
Raudal vertian
De Santa luz.

Y vió entre flores, del templo al lado,
Juntas dos niñas y arrodilladas
Sobre las gradas
De erguida cruz.

II.

—Pues sois las mensajeras nacidas entre flores,
Que el alma de esa niña llevais hasta el Señor,
Contadme sus angustias, contadme sus dolores,
Que un ángel siempre escucha la angustia y el dolor.
—Soy, dijo una plegaria, la súplica que eleva
A Dios aquella que sin consuelo está:
Su madre es una anciana, y es pobre, y está ciega...
—No sigas; á esa niña su Dios la escuchará.
—Yo soy, la otra plegaria repuso con presteza,
La voz de aquella niña que sin consuelo ves.
Es huérfana, y sólo; yo llevo su tristeza
Del Dios de los humildes á los escelsos piés.

III.

—Venid; que á Dios es más grata,
De los niños la oracion,
Que incienso quemado en plata;
Y EL, con su clemencia innata
Calmará nuestra afliccion.

Subid, plegarias hermosas
Subid al cielo las dos...
De esas niñas candorosas,
Las súplicas fervorosas,
Llevad al trono de Dios.

Calló el Arcángel; y asiendo
De las *plegarias* las manos,
Fueron subiendo... subiendo,
Del puro espacio midiendo
Los ámbitos más lejanos.

Velóse el grupo triunfante
Con un vaporoso tul:
Y quedó muda y radiante,
Con sus mundos de diamante,
La inmensa bóveda azul.

.....
Pasó la callada noche;
Y al volver el nuevo día,
Que una ciega á ver volvía
Se dijo en la poblacion.

Y que una noble señora
A una *huérfana* adoptaba
Por hija.—Dios escuchaba
De las niñas la oracion.

VICENTE REGULEZ Y BRAVO.

LECCIONES FAMILIARES

SOBRE LOS

ELEMENTOS DE LAS CIENCIAS FISICAS Y NATURALES.

LECCION SEGUNDA.

Division de los seres materiales en cuerpos inorgánicos y cuerpos orgánicos; caractéres que los distinguen.—Organos de los vegetales; raiz, tallo, hojas, flores, frutos.—Diversos medios de reproducirse las plantas.—Esterilidad de las flores dobles.—Clasificacion de los vegetales.

Quando vosotros os paseais por un jardin, hijos míos, vuestras miradas se detienen sucesivamente sobre las hojas, las flores y los troncos de los árboles y no pensais absolutamente en las maravillas que encierran todos estos objetos.

Para no aturdirse y embarullarse en medio de la multitud infinita de seres materiales que encierra la naturaleza, ha sido preciso dividirlos en distintas clases. Los unos están privados de vida y no tienen por consiguiente ninguno de los órganos destinados á su desarrollo y conservacion: así es que se les llama cuerpos brutos é *inorgánicos*: estos son los minerales. Otros, al contrario, tienen vida y están provistos de órganos; llamándoseles cuerpos *orgánicos*: estos son los vegetales y los animales. Todo ser material que no pertenece ni á los vegetales ni á los animales es un mineral.

Los órganos de un vegetal ó de un animal, están compuestos de partes que se diferencian entre sí, bajo el doble aspecto de su naturaleza íntima y de su forma, mientras que la masa de un mineral, no es más que una reunion de partes de la misma naturaleza y de la misma forma, y que tienen las mismas propiedades que la masa entera. Un ser organizado, nace de otro ser organizado, semejante á él, que

existia ántes que él, y en el cual él estaba contenido en el estado de gérmen, mientras que un mineral no nace de otro mineral, pero se forma siempre que las partes que le constituyen se encuentran juntas y bajo las condiciones favorables á su reunion. Los vegetales y los animales crecen ó conservan su volúmen, recibiendo interiormente nuevas sustancias que son llevadas por la circulacion á sus diversos órganos; los minerales, al contrario, no crecen más que recibiendo exteriormente nuevas partes que vienen simplemente á colocarse las unas al lado de las otras. Resulta de aquí, que la composicion interior de los seres organizados cambia continuamente, mientras que su forma exterior, cuyos contornos son ordinariamente redondos, no varian nada al aumentar de volúmen, cuando estos seres están provistos de todos sus órganos. Al contrario, lo que existe ya en un mineral no cambia, mientras que su forma exterior, cuyos contornos son generalmente angulosos y salientes, varía cuando su volúmen aumenta. En fin (y notad bien, hijos míos, esta diferencia fundamental, que es por lo demás una consecuencia de lo que precede), puesto que estos seres organizados experimentan en su composicion interior cambios continuos que están en la condicion misma de su vida, podrá suceder que cualquier cambio, cualquier alteracion profunda en sus órganos y en sus funciones, venga á trastornar la economía de la máquina, y á hacer imposible la continuacion de la vida; entónces el ser organizado muere, y desde este momento los elementos que le constituyen entran únicamente bajo el imperio de las leyes que gobiernan la materia bruta é inorgánica.

Aparte de esta clase de muerte por accidente, llegará necesariamente un término al fin del cual el ser organizado, que no puede vivir sinó con la condicion de alimentarse, perderá más que ganará: entónces decrecerá en lugar de crecer; y cuando los órganos, que irán siempre debilitándose, rehusen en fin llenar sus funciones, morirá de vejez. Nada semejante sucede en un mineral. En efecto, puesto que su composicion interior no varía, no hay en él término en su acrecentamiento; y suponiendo

que este acrecentamiento cese, como no hay en su interior funciones que tengan que verificarse para su vida y que puedan interrumpirse, v. gr. la respiracion ó la digestion de los animales, el mineral no muere. La reunion de sus partes, puede, sin duda, ser destruida por alguna causa exterior, pero estas partes separadas no dejan, por eso, de ser lo que eran y no están de ningun modo sometidas á nuevas leyes.

Así hijos míos, en resúmen, los seres organizados, nacen, viven y mueren y nada de todo esto, al contrario, conviene á los minerales.

Pero dejáremos de ocuparnos de estos últimos y pasaremos á hablaros, con algo mayor detenimiento de los seres organizados, es decir, de los vegetales y de los animales.

Los vegetales se hallan provistos de dos clases de órganos. La raiz, el tallo y las hojas alimentan al individuo, le desarrollan y reparan sus pérdidas; las flores y los frutos le reproducen y le propagan. Los primeros de estos órganos están, pues, destinados á la conservacion del individuo; los segundos á la conservacion de la especie. Estudiemos estos diversos órganos.

Figuraos una planta de pequeños guisantes acabados de salir de la tierra. Arranquémosla con precaucion...

El grano, que ha dado nacimiento á este principio de raiz y de tallo estaba, ántes de haber germinado, compuesto de dos partes, ahora separadas, que se llaman *cotiledones*. Algunos dias después de haber sido depositado en la tierra, su envoltura, hinchada por la humedad, se ha roto; los *cotiledones* se han separado; el embrión, ó lo que se llama comunmente el gérmen, se ha alimentado de su sustancia y ha tomado crecimiento: una de sus extremidades se ha hundido en la tierra y ha formado la raiz; la otra, al contrario, ha salido de la tierra y ha dado el tallo. El embrión ó simiente contiene, pues, en pequeño, el vegetal que debe reproducir, y empieza á desarrollarse del modo que acabo de contaros.

La raiz de las plantas se divide ordinariamente en un gran número de filamentos, cuya forma se parece á la de los cabellos; esto ha

—Hablad.
Dice el Arcángel á los que suben:
—¿Quiénes sois, quiénes ¡oh criaturas!..
¿De dó tan puras
Llegais aqui?
—Somos *plegarias*, contestan ellas,
De almas sencillas y candorosas,
Que áun fervorosas,
Oran allí.

Miró el Arcángel hácia la tierra.
Donde sus ojos se dirigian,
Raudal vertian
De Santa luz.
Y vió entre flores, del templo al lado.
Juntas dos niñas y arrodilladas
Sobre las gradas
De erguida cruz.

II.

—Pues sois las mensajeras nacidas entre flores,
Que el alma de esa niña llevais hasta el Señor,
Contadme sus angustias, contadme sus dolores,
Que un ángel siempre escucha la angustia y el dolor.
—Soy, dijo una plegaria, la súplica que eleva
A Dios aquella que sin consuelo está:
Su madre es una anciana, y es pobre, y está ciega...
—No sigas; á esa niña su Dios la escuchará.
—Yo soy, la otra plegaria repuso con presteza,
La voz de aquella niña que sin consuelo ves.
Es huérfana, y sólo; yo llevo su tristeza
Del Dios de los humildes á los escelsos piés.

III.

—Venid; que á Dios es más grata,
De los niños la oracion,
Que incienso quemado en plata;
Y EL, con su clemencia innata
Calmará nuestra afliccion.

Subid, plegarias hermosas
Subid al cielo las dos...
De esas niñas candorosas,
Las súplicas fervorosas,
Llevad al trono de Dios.

Calló el Arcángel; y asiendo
De las *plegarias* las manos,
Fueron subiendo... subiendo,
Del puro espacio midiendo
Los ámbitos más lejanos.

Velóse el grupo triunfante
Con un vaporoso tul:
Y quedó muda y radiante,
Con sus mundos de diamante,
La inmensa bóveda azul.

Pasó la callada noche;
Y al volver el nuevo día,
Que una ciega á ver volvía
Se dijo en la poblacion.

Y que una noble señora
A una *huérfana* adoptaba
Por hija.—Dios escuchaba
De las niñas la oracion.

VICENTE REGULEZ Y BRAVO.

LECCIONES FAMILIARES

SOBRE LOS

ELEMENTOS DE LAS CIENCIAS FISICAS Y NATURALES.

LECCION SEGUNDA.

Division de los seres materiales en cuerpos inorgánicos y cuerpos orgánicos; caractéres que los distinguen.—Organos de los vegetales; raíz, tallo, hojas, flores, frutos.—Diversos medios de reproducirse las plantas.—Esterilidad de las flores dobles.—Clasificación de los vegetales.

Cuando vosotros os paseais por un jardín, hijos míos, vuestras miradas se detienen sucesivamente sobre las hojas, las flores y los troncos de los árboles y no pensais absolutamente en las maravillas que encierran todos estos objetos.

Para no aturdirse y embarullarse en medio de la multitud infinita de seres materiales que encierra la naturaleza, ha sido preciso dividirlos en distintas clases. Los unos están privados de vida y no tienen por consiguiente ninguno de los órganos destinados á su desarrollo y conservacion: así es que se les llama cuerpos brutos é *inorgánicos*: estos son los minerales. Otros, al contrario, tienen vida y están provistos de órganos; llamándoseles cuerpos *orgánicos*: estos son los vegetales y los animales. Todo ser material que no pertenece ni á los vegetales ni á los animales es un mineral.

Los órganos de un vegetal ó de un animal, están compuestos de partes que se diferencian entre sí, bajo el doble aspecto de su naturaleza íntima y de su forma, mientras que la masa de un mineral, no es más que una reunion de partes de la misma naturaleza y de la misma forma, y que tienen las mismas propiedades que la masa entera. Un ser organizado, nace de otro ser organizado, semejante á él, que

existía ántes que él, y en el cual él estaba contenido en el estado de gérmen, mientras que un mineral no nace de otro mineral, pero se forma siempre que las partes que le constituyen se encuentran juntas y bajo las condiciones favorables á su reunion. Los vegetales y los animales crecen ó conservan su volúmen, recibiendo interiormente nuevas sustancias que son llevadas por la circulacion á sus diversos órganos; los minerales, al contrario, no crecen más que recibiendo exteriormente nuevas partes que vienen simplemente á colocarse las unas al lado de las otras. Resulta de aquí, que la composicion interior de los séres organizados cambia continuamente, mientras que su forma exterior, cuyos contornos son ordinariamente redondos, no varian nada al aumentar de volúmen, cuando estos séres están provistos de todos sus órganos. Al contrario, lo que existe ya en un mineral no cambia, mientras que su forma exterior, cuyos contornos son generalmente angulosos y salientes, varía cuando su volúmen aumenta. En fin (y notad bien, hijos míos, esta diferencia fundamental, que es por lo demás una consecuencia de lo que precede), puesto que estos séres organizados experimentan en su composicion interior cambios continuos que están en la condicion misma de su vida, podrá suceder que cualquier cambio, cualquier alteracion profunda en sus órganos y en sus funciones, venga á trastornar la economía de la máquina, y á hacer imposible la continuacion de la vida; entónces el ser organizado muere, y desde este momento los elementos que le constituyen entran únicamente bajo el imperio de las leyes que gobiernan la materia bruta é inorgánica.

Aparte de esta clase de muerte por accidente, llegará necesariamente un término al fin del cual el ser organizado, que no puede vivir sinó con la condicion de alimentarse, perderá más que ganará: entónces decrecerá en lugar de crecer; y cuando los órganos, que irán siempre debilitándose, rehusen en fin llenar sus funciones, morirá de vejez. Nada semejante sucede en un mineral. En efecto, puesto que su composicion interior no varía, no hay en él término en su acrecentamiento; y suponiendo

que este acrecentamiento cese, como no hay en su interior funciones que tengan que verificarse para su vida y que puedan interrumpirse, v. gr. la respiracion ó la digestion de los animales, el mineral no muere. La reunion de sus partes, puede, sin duda, ser destruida por alguna causa exterior, pero estas partes separadas no dejan, por eso, de ser lo que eran y no están de ningun modo sometidas á nuevas leyes.

Así hijos míos, en resúmen, los séres organizados, nacen, viven y mueren y nada de todo esto, al contrario, conviene á los minerales.

Peró dejaremos de ocuparnos de estos últimos y pasaremos á hablaros, con algo mayor detenimiento de los séres organizados, es decir, de los vegetales y de los animales.

Los vegetales se hallan provistos de dos clases de órganos. La raiz, el tallo y las hojas alimentan al individuo, le desarrollan y reparan sus pérdidas; las flores y los frutos le reproducen y le propagan. Los primeros de estos órganos están, pues, destinados á la conservacion del individuo; los segundos á la conservacion de la especie. Estudiemos estos diversos órganos.

Figuraos una planta de pequeños guisantes acabados de salir de la tierra. Arranquémosla con precaucion...

El grano, que ha dado nacimiento á este principio de raiz y de tallo estaba, ántes de haber germinado, compuesto de dos partes, ahora separadas, que se llaman *cotiledones*. Algunos dias después de haber sido depositado en la tierra, su envoltura, hinchada por la humedad, se ha roto; los *cotiledones* se han separado; el embrión, ó lo que se llama comunmente el gérmen, se ha alimentado de su sustancia y ha tomado crecimiento: una de sus extremidades se ha hundido en la tierra y ha formado la raiz; la otra, al contrario, ha salido de la tierra y ha dado el tallo. El embrión ó simiente contiene, pues, en pequeño, el vegetal que debe reproducir, y empieza á desarrollarse del modo que acabo de contaros.

La raiz de las plantas se divide ordinariamente en un gran número de filamentos, cuya forma se parece á la de los cabellos; esto ha

hecho que se dé el nombre de cabellera á esta parte de la raíz. Estos hilos son otros tantos canales por los cuales los jugos nutritivos de la tierra penetran para distribuirse enseguida en todo el tallo. La raíz no sirve únicamente para alimentar sinó tambien para fijar la planta. Las hay de distintas formas: las unas, como las de la zanahoria, son en forma de huso ó llámense fusiformes; las otras, como las del lirio y del ajo, tienen una cebolla, por debajo de la cual pende una porcion de cabellera; otras se dividen en ramas, y otras, en fin, se arrastran por la superficie del suelo.

El tallo es lo que se eleva por cima del cuello de la raíz. Es un compuesto de fibras y de canales, de los que unos conducen la sávia y los otros el aire, que es tan necesario como la sávia para la vegetacion. Algunas plantas como las yerbas, tienen un tallo de poca consistencia y que con frecuencia se seca y perece todos los años. Otras como los arbustos y los árboles, tienen por el contrario, un tallo de firme consistencia y que continúa viviendo después de endurecerse, éste se llama tronco y se divide en su parte superior en brazos y ramas, que provienen de botones que nacen ordinariamente debajo de las hojas. Está compuesto de capas circulares que encajan las unas en las otras, de modo que es fácil conocer la edad de una rama ó de un tronco de árbol cortado al través.

(Se continuará.)

CUENTOS PARA LOS NIÑOS,

POR SEMIIT.

LA MOSCA.

El Sr. de Bergheim, pintor excelente, era un hombre que al carácter más noble, reunía el gusto más puro para todo lo que era bueno y bello. En su juventud había recorrido Italia como un artista que trata de formarse sobre las producciones de los grandes maestros. Pero de todos estos cuadros, aquellos cuyos asuntos estaban tomados de la Santa Escritura habían hecho sobre él la más fuerte impresion, y había resuelto no consagrar en adelante su arte mas que á objetos religiosos, sacados con preferencia del Evangelio. Se había puesto con

tanto celo como éxito á copiar las obras de este género que le habían parecido más bellas y más interesantes. Provisto de esta preciosa coleccion, había vuelto á tomar el camino de su patria, y había sabido distribuir con mucho gusto en un salon construido al efecto, estos cuadros, que adornados con marcos dorados, resaltaban perfectamente sobre los tabiques pintados de azul de cielo.

Esta coleccion era incontestablemente única en su clase; se componía de piezas, no tomadas á la casualidad, sino escogidas entre mil, con un gusto seguro, y trabajadas además con mano maestra: el conjunto era magnífico. Cualquiera que entraba en el salon, no podía por poco que tuviese el sentimiento de lo bello, dejar de sentirse como extasiado á la vista de estas pinturas admirables de verdad, de expresion y de magestad.

Este estimable artista se consideraba dichoso, cuando podía encontrar á alguno capaz de apreciar un cuadro. Tambien era para él un gran placer el ver á su virtuosa esposa, entrar siempre en el salon con un marcado recogimiento experimentando una verdadera emocion al considerar tan pronto el uno como el otro de los cuadros. Con un gozo más dulce todavía, veía á su hija única que apenas había salido de la infancia, demostrar á su vez por estas pinturas un gusto sorprendente para su edad y hacer observaciones que á él mismo le dejaban admirado. Había dado á esta niña el nombre de Angelica, en honor de la célebre pintora de este nombre; y alimentaba la dulce esperanza de ver á su hija llegar á ser un día muy hábil en su arte, no contentándose con tener sólo el nombre de comun con la amable artista Angelica.

Un día, era un domingo por la mañana, al salir de misa, el padre, la madre y la hija entraron en el salon para ver los cuadros. La pequeña Angelica, estuvo mirando á uno largo rato, y dijo: «hé aquí mi cuadro favorito.—Tambien, replicó el padre, es incontestablemente uno de los más bellos. Yo le he pintado con una afeccion y un placer particular, tomándole de un modelo que vi en Roma y que era una produccion de tu hermana de nombre Angelica.»

«Mira, querida hija, continuó, María la Santísima Virgen, está representada aquí con los rasgos de una niña como tú. Está ocupada en regar las encantadoras azucenas que ha cultivado en una maceta. Un rayo celeste brilla sobre la figura original de esta santa niña. Mira tambien á sus padres. El padre no sabe qué pensar del misterioso rayo, y la tierna madre, está llena de un santo arrobamiento.»

La emocion de la madre de Angelica era visible. Ella había tenido siempre predileccion por este cuadro y frecuentemente se quedaba mirándole largo tiempo con recogimiento. Encontraba una grande semejanza entre los rasgos infantiles de su pequeña Angelica y los de la amable María; pero nunca había dicho nada á su hija por temor de que esta se enorgulleciese. Se contentaba con decirle: «¡Mi querida Angelica! ¡Que María sea tu modelo! ¡Oh! ¡Considera cómo su infantil semblante, respira la piedad, el candor, la dulzura, la modestia y sobre todo la inocencia! ¡Esas azucenas

tan puras y tan blancas, son la fiel imagen de su pureza y de su inocencia! ¡Ojalá llegues tu á ser tan pura é inocente como ella! Mira; ese rayo luminoso, que del cielo descende sobre su cabeza, expresa que Dios ama á la inocencia, que todo bien viene de Él, y que Él sólo puede ilustrar y santificar á los hombres. Se tú también sábia y buena y no olvides el rogar á Dios todos los días, para que se digne enviarte las luces y las gracias de que puedes tener necesidad.»

No lo olvides, querida Angelica, dijo el padre; procura asemejarte á María, mientras que nosotros, tu madre y yo, nos esforzaremos en parecernos á sus padres. Hasta aquí no hemos cesado de reunir nuestros esfuerzos para educarte en la piedad y en la virtud; no ha pasado un día que no hayamos suplicado á Dios que se digne volver los ojos hácia tí; iluminarte y hacerte crecer y prosperar como una flor que se abre á los rayos del sol. Tales son nuestros deseos y el objeto de nuestras súplicas.

«Si, Padre celestial, continuó él juntando las manos, echad una mirada sobre nuestra Angelica; bendecid nuestros esfuerzos; haced que esta niña querida, llegue á ser nuestra alegría; que sea piadosa, modesta, y virtuosa y que llegue á parecerse á María; que es el modelo más hermoso que las jóvenes cristianas, pueden proponerse.»

La madre no podía contener las lágrimas. Angelica, elevó sus bellos ojos al cielo, juntó sus manecitas y dijo: ¡Oh mi bondadoso Padre celestial! bendecidme, hacedme sábia y buena, y que llegue á ser la alegría de mis buenos padres!—Amen.» respondieron el uno y el otro penetrados de emoción.

Tales eran los sentimientos del Sr. de Bergheim, de su esposa y de su hija, no existiendo en mucha distancia á la redonda, una familia tan estimable y tan dichosa. El padre se dedicaba por completo á su arte y las iglesias se adornaban con sus cuadros de una gran belleza y que sólo representaban asuntos cristianos. Encontraba en su propio corazón, la nobleza y la hermosura del alma que con tanta perfección, trasladaba sobre el lienzo. Enseñaba la pintura á Angelica, que crecía y sobrepujaba todas sus esperanzas, tanto por su habilidad como pintura, como por su piedad, su modestia y su amor por la virtud. La madre se dedicaba á los quehaceres de la casa siendo un modelo de orden y limpieza: vivían en la más dichosa unión y en paz, no solamente entre sí, sino también con todo el mundo.

El Sr. de Bergheim, era de un carácter igual, alegre y cariñoso. Por todo el oro del mundo, no hubiese hecho daño á ninguna criatura. No podía reprochársele más que un odio, pero un odio á muerte... contra las moscas, que le ensuciaban sus cuadros y el dorado de los marcos. Toda mosca que se dejaba ver en el salón, estaba irrevocablemente perdida. Muchas veces, su esposa y su hija, no podían contener la risa al verle agitarse y encarnizarse en la persecucion de una mosca; no dejarla hasta que tenía la suerte de atraparla y el placer de aplastarla.

Entre los aficionados á la pintura que visitaban

al Sr. de Bergheim, el más asiduo era el Sr. de Wert, jóven tan distinguido por la cultura de su espíritu, como por la nobleza de su corazón. Era el hijo segundo de una familia noble y distinguida, y las rentas de sus bienes de familia, le permitían vivir con alguna ostentacion. Dotado para la pintura de un gusto tan vivo como claro, pasaba horas enteras viendo pintar al Sr. Bergheim; y éste encontraba un gran placer en entretenerse con él sobre todo, si la pintura era el objeto de la conversacion: amándole con una ternura, verdaderamente paternal.

(Se continuará.)

Solucion á la charada del número anterior.

Conozco yo un monicaco
Que detesto, y con razon;
Pues siendo como un raton
Gasta petaca y TABACO.

CHARADA.

Prima y dos de una mujer
Precioso nombre declaran,
Y otro, bonito también,
Tienes en tercera y cuarta.
Junta las cuatro y leerás,
Jóven lector ó lectora,
El todo; nombre que dan
A una niña muy hermosa.

(La solucion en el próximo número.)

EJEMPLOS.

Una señora vieja y fea, se fué al teatro del Príncipe llena de polvos, peinada con tanta ridiculez, que parecia una loca. Estaba en un anfiteatro.

En las butacas, habia un jóven que se reía de verla; y á su lado otro que era hijo de la citada señora, y á quien el primero no conocia.

—¿No os parece, preguntó el jóven á su vecino, que aquella vieja es el tipo más ridiculo que puede existir?

—Creo que pensaria del mismo modo que

usted, respondió el hijo, si aquella señora no fuera mi madre.

Para un buen hijo nada hay más sagrado después de Dios, que sus padres:

* *

Llegóse un día á Eveillon, canónigo y arcediano de Angers, un amigo y le manifestó su sorpresa porque no tenía tapizados ninguno de sus cuartos; á lo cual el amigo le respondió:

—Las paredes de mis habitaciones no me dicen que tienen frío; pero los infelices que á mi puerta están tiritando, me gritan que tienen necesidad de vestidos.

No gastes tus bienes en cosas superfluas, cuando el prójimo necesitado implora tu caridad.

* *

Bajo muchos aspectos se presenta á Mr. de Turenne como un buen modelo que imitar. Ved con cuanta delicadeza reprendia á sus criados cuando era absolutamente preciso.

Estaba un día de mucho calor, vestido como un criado, con su traje blanco y su gorro, y puesto á una ventana de la antesala, cuando llegó un sirviente; y creyendo que su señor era un ayudante de la cocina, fué en puntillas, y poniéndose detrás de Mr. de Turenne, le dió un gran golpe en las nalgas.

El caballero se volvió de pronto; y el criado que vió el rostro de su amo, se arrojó á sus piés y confuso y atónito dijo:

—Señor, he creído que era Gregorio.:

—Aun cuando hubiera sido Gregorio,—replicó Monsieur de Turenne, rascándose la parte dolorida—no convenia darle tan fuerte. Esta fué toda la reprensión.

Si quereis celo y honra
De quien os sirva,
No falteis al decoro,
Ni á la justicia:
Que los criados
Toman siempre la forma
Que les dá el amo.

* *

SOLUCION A LA PREGUNTA DEL NUMERO ANTERIOR.

El número 89 se escribe con cuatro cifras iguales en esta forma: 88 %.

PROBLEMA.

Se le entregan á un niño
Veinte y tres duros
Para comprar seis cuadros
De á tres escudos.
Digame el niño,
Cuantos cuartos le quedan
En el bolsillo.

COLEGIO DE PRIMERA ENSEÑANZA DE SAN IGNACIO,

CALLE DE LEGANITOS, NÚMERO 4.

Alumnos que más se han distinguido en la última semana.

Clases generales.	Nombres de los alumnos.
Aritmética.	{ D. Horacio Beutábol. Serafin Ripoll. José Castro. Guillermo Kéxel.
Gramática y análisis.	{ José Ubeda. Alberto Fernandez. Serafin Ripoll. Ramon Graña. José Castro.
Geografía é Historia de España.	{ José Ubeda. Viriato Manzanares. Luis Gainza. Andrés Torrente.
Doctrina cristiana é Historia Sagrada.	{ Serafin Ripoll. Alberto Fernandez. Manuel Maria Morillo. José Ubeda. Francisco Latorre. Eduardo Alameda.

Por lo no firmado, el Secretario de la Redaccion,
VICENTE REGULEZ Y BRAVO.

DIRECTOR Y EDITOR, D. César de Eguílaz y Bengoechea.

MADRID:—1867.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE LOS HIJOS DE VAZQUEZ,
calle de San Bernardo, núm. 17.